

Consideraciones generales sobre literatura contemporánea

Desde la época del Renacimiento, ó sea desde los comienzos del siglo XVI, predominaba en las literaturas de Europa una escuela llamada clásica, la cual tomaba como inspiración y modelo á la antigüedad greco-latina. Iniciada por los autores italianos, pasó de Italia á las demás naciones de Europa; y en el siglo décimo séptimo llegó, en Francia, al más intolerante y tiránico período de su dominación, formulando su código fundamental en el *Arte poética* de Boileau.

Durante el siglo XVIII la escuela clásica, concebida de esa manera intolerante y despótica, llegó á sofocar en las literaturas europeas toda manifestación importante de resistencia ó insubordinación respecto á sus preceptos y doctrinas.

Esa escuela era doblemente falsa. En primer lugar, no tenía en cuenta que siendo la civilización de los pueblos modernos distinta, en muchos importantísimos caracteres, de la civilización greco-latina, era un propósito erróneo el de querer hacer de la literatura moderna, que es la expresión de la primera, una imitación servil de la literatura antigua, que había dado expresión á la segunda.

A distinta religión, á distintas costumbres, á distintos sistemas de gobierno, á distinto concepto del mundo y de la vida, debía corresponder una literatura también distinta.

Pero, además, la escuela clásica moderna, al imitar á la antigüedad, la comprendió de una manera falsa y estrecha, atribuyéndoles reglas y preceptos que sólo pudieron deducirse de una interpretación incompleta ó equivocada de las obras antiguas. Así, en lo que se refiere á la tragedia, las unidades de tiempo y de lugar, el lenguaje uniformemente grave y entonado, etc., etc.

El movimiento de reacción contra ese clasicismo mal entendido es el impulso inicial de la literatura contemporánea, el hecho que dió principio á la evolución literaria de nuestro siglo.

Ya en los siglos XVI y XVII habían florecido en Inglaterra y en España grandes autores que prescindieron de la imitación

de los clásicos y que fueron originales inspirándose en el espíritu de su tiempo.

El teatro español de Lope, Calderón y Tirso de Molina, y el teatro inglés de Shakespeare, son creaciones *románticas*, en el sentido de que nada deben á los modelos de la antigüedad. Por otra parte, la literatura europea de la Edad Media constituía también una gran tradición de romanticismo, que había producido obras tan monumentales como la *Divina Comedia* y el *Romancero* español. Pero todo esto estaba olvidado ó menospreciado en el siglo XVIII; y la preceptiva clásica de Boileau dominaba con absoluta autoridad.

Las primeras manifestaciones de reacción partieron de Alemania.

Un estudio más exacto y profundo de las literaturas antiguas demostró cuán falsamente se había interpretado su espíritu al imitarlas.

Un gran impulso de progreso comunicado á los estudios estéticos, á la filosofía de lo bello, hizo que se viera claramente la pequeñez y estrecho criterio de la preceptiva que se había tenido como infalible.

Un grupo brillantísimo de poetas y escritores de primer orden demostró, con el ejemplo, en creaciones inmortales, cómo no podrán cultivar la poesía, el drama, la novela, sin ceñirse á los mandamientos de la falsa retórica que había tiranizado el arte literario.

Alemania tuvo entonces la «edad de oro» de su cultura. Winckelmann, Lessing, Klopstock, Goethe, Schiller, los Schlegel, y cien otros más, son los gloriosos colaboradores en ese magnífico renacimiento literario y artístico, cuyo influjo fué universal y fecundísimo.

En Francia, donde la escuela clásica había ejercido más absoluto é incontestado imperio, dos grandes escritores: Mad. de Staël y Chateaubriand, iniciaron la reacción contra aquella escuela en los primeros años de este siglo. La generación literaria que les siguió, fué quien consumó la obra por ellos iniciada. A partir de 1830, el clasicismo puede considerarse definitivamente vencido, y Victor Hugo, Lamartine, Musset, Alejandro Dumas, Jorge Sand, etc. etc., hacen que se sucedan sin interrupción los triunfos de la escuela romántica en uno de los periodos literarios más deslumbradores que registre la historia de la humanidad.

De Francia se propaga á España el ejemplo. Recordando esta última nación sus viejas glorias literarias, que la vinculaban al romanticismo, crea una literatura nueva é indepen-

diente con el Duque de Rivas, Espronceda, Larra, Zorrilla, García Cutierrez, Hartzensbusch.

En Inglaterra, el movimiento había sido anterior al de los pueblos continentales, à excepción de Alemania. Los poetas de la escuela *la Kista*, y luego Walter Scott, Byron y otros libertaron à la literatura inglesa, en el espíritu ó en la forma, de la servidumbre clásica, y reflejaron sus influencias sobre los poetas y novelistas románticos del Continente.

En Italia tienen una significación análoga los nombres de Manzoni, Leopardi, Fòscalo, Silvio Pellico, etc., que, aunque distintos en preferencias y sus modelos, coinciden todos en emanciparse de los clásicos franceses ó infundir nuevo espíritu à la literatura.

El carácter fundamental, la nota dominante de este movimiento literario universal, tan variado y complejo, es la *reacción contra la imitación servil y estrecha de los modelos clásicos*.

Como consecuencia de esta emancipación, el espíritu literario, al recobrar su libertad, anima las más diversas formas y manifiesta su impetu revolucionario en todos los géneros.

La *poesía lírica* se levanta entre ellos à una altura que nunca había alcanzado. Por la variedad de los sentimientos que expresa, la energía ó delicadeza de la inspiración y la originalidad y el brillo de la forma, la lírica de la primera mitad de nuestro siglo, ó sea la lírica *romántica*, no tiene precedentes que la oscurezcan. Su gloria principal está en haber penetrado en el mundo de los sentimientos íntimos con una sutileza de que no había ejemplo. Además, el vocabulario poético se enriqueció inmensamente.

La *Novela*, —que dejando aparte alguna obra excepcional como el *Quijote*, había ocupado un rango secundado en las literaturas clásicas y modernas, —se levanta à la categoría de los más altos géneros. Gøthe, Chateaubriand, Mad. de Staël, Fòscalo, Constant, etc. etc. crean la *novela psicológica*. Walter Scott inicia la *novela histórica*, y su ejemplo es seguido por Manzoni, Vigny, Alejandro Dumas, y muchos otros. La *novela de costumbres* sucede à aquellos dos géneros y prevalece.

Se abandona el cultivo de la *epopeya*, como impropio de las condiciones de nuestra época; pero la misma novela, y multitud de narraciones, leyendas, cuentos y tradiciones en verso, la sustituyen con gloria.

En el *teatro*, renace la forma del *drama*, que triunfa sobre la de la tragedia compuesta al modo antiguo. Caen en descré-

dito las unidades de tiempo y de lugar; y el teatro inglés y español del siglo XVII, el de Shakespeare, Lope de Vega y Calderón, recobra toda su gloria y popularidad.

Dentro de la escuela romántica, hubo una tendencia muy acentuada à evocar las tradiciones literarias de la Edad Media, y à escoger esta edad para poner en ella la acción de los dramas, novelas ó leyendas. La parte más convencional y falsa de romanticismo es quizá lo que se debe à esta idealización amanerada de aquella edad histórica.

Es difícil formular un juicio general sobre una resolución literaria tan variada, compleja é individualista; pero cualquiera que sean sus extravíos y falsedades, no puede desconocerse el inmenso servicio que prestó à la cultura intelectual y al progreso del arte, iniciando una benéfica reacción contra el clasicismo del siglo XVIII.